

claustro de canónigos de Lisboa, en la Abadía de Santa Cruz.—Toma el hábito de San Francisco.—Su penitencia.—Sus virtudes y heroicos ejemplos.

Ciencia y poder, expresión completa de El Verbo.—El Niño en brazos de Antonio.—Versión hebrea y de los Setenta sobre mi tema.—Grandeza del Niño y de Antonio.—Símbolos y comparaciones.—Las virtudes de Antonio atrayendo al Niño, y adormeciéndole en sus brazos.—Ciencia.—Elocuencia.—Palabra.—Voz.—Predicación de Antonio universal y milagrosa.—Milagros.—Todas las señales de apostolado reunidas en Antonio.—El Responsorio.—Aplicaciones.—Conclusión.—Súplica al Santo, basada en el tema, y contexto del Cantar de los Cantares.

SERMON

DE SANTIAGO APÓSTOL.

¿Potestis bibere calicem quem ego bibiturus sum? Dicunt ei: Possumus.

¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? Y le dijeron: Podemos.

(S. Matth., c. XX, v. 22.)

Antes de salir de Jericó para Jerusalén, donde el Hijo de Dios debía consumar su gloriosa carrera; después de presentar á sus discípulos la parábola inapreciable de la viña y sus operarios, que les marcaba ya distintamente la suya, á la vez que les anunciaba los secretos de la eterna predestinación divina, y les prevenía contra las ambiciones terrenas y contra la cizaña de la envidia, que más de una vez se había manifestado en sus corazones y salido al borde de sus labios, el Salvador los reune en secreto separándolos de las turbas, que por todas partes y siempre le rodeaban, y les habla de sucesos ya próximos; no como aquellos que excitaron su curiosidad en el monte del Olivar, hasta el punto de preguntarle: *Señor, ¿dinos cuándo serán estas cosas? ¿y qué señales precederán á la llegada y consumación del siglo?* ahora les habla de los dolores y de las afrentas de la Pasión, y de su muerte, y de su victoriosa resurrección al día tercero; y en tan críticas circunstancias, cuando el espanto domina en aquellos pobres corazones, cuando aún no comprenden toda la extensión y naturaleza de aquel reino que creían ser el temporal de la casa de Judá en Israel,

una mujer, una madre, se acerca á Jesucristo, le adora y le pide nada menos, para sus hijos, que dos tronos, á derecha é izquierda del suyo, en aquel reino que tantas veces les había prometido y descrito con tanta majestad y tanta gloria.

Mujer y madre en verdad, mis hermanos, se necesitaba ser para pedir tal y en circunstancias y ocasión de tal naturaleza; admirando que no culpando á María Salomé, diré ya con San Fulgencio, no dejaré con él de espantarme de la grandeza de una petición, que si bien supone una inteligencia muy clara de aquel reino, y de sus sillas, y del poder y de la grandeza del *Hijo del Hombre*, supone también todo el exceso de ambición de la piedad materna. «¿Cómo? dice este Santo Padre, ¿no te basta que ese divino Maestro haya hecho de tus dos hijos, pobres pescadores, predicadores un día los más elocuentes de su grandeza, operadores de maravillas en su nombre? ¿inmediatamente después de las redes pides el cielo? ¿tras del anzuelo y el cebo, el cumplimiento de la letra evangélica? ¿desde la barca han de subir sin demora tus hijos al trono?»

Pero nada de eso le contesta Jesús, porque respeta su cariño de madre, y su viveza y su corazón de mujer, que ha escogido aquel instante como más propicio para pedir, oculto bajo la forma de siervo, al que viera Ezequiel en terribles visiones; y se contenta con dirigirla á su vez otra pregunta, como para recordarla lo que en secreto estaba diciendo á los doce: *¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?*

Calló la madre, ó porque no era dirigida precisamente á ella la pregunta, ó avergonzada de su atrevimiento, ó mejor que todo eso porque su corazón no podía contestarla tratándose de sus hijos; y ellos, Santiago, nuestro Patrón, y Juan, el discípulo amado, contestaron sin vacilar: *Podemos*.

Contestación española, amados míos, parecida á la advertencia de nuestro Lorenzo al tirano desde el lecho de fuego donde se consumía lentamente su vida, pero no se apagaba su valor; palabra que forma por sí sola el panegírico de Santiago, y define á la vez el carácter de esta noble y fuerte nación, en

la que el Apóstol dejó como impreso el sello del suyo. *Apóstol y nación que beben el cáliz; Apóstol y nación que al beberle tienen y tendrán siempre señalado en el cielo un trono.*

Santo Hijo del Trueno, Patrón de mi patria, ven; presta á mi pobre voz tu acento formidable, á mi debilidad tu fuerza invencible, á mi fe vacilante tu entusiasmo, tu abnegación por Dios y tu amor por tus españoles; el más indigno sacerdote de tu grey, el más pequenuelo hijo de esta tu nación predilecta te lo pide, en unión de sus compatriotas, prostrado ante el altar de Aquella cuyo retrato te fué entregado del cielo en Zaragoza para nosotros; á la que decimos con el Ángel:

AVE MARÍA.

He leído con alguna detención todo el capítulo XX de San Mateo, al que pertenecen las palabras de mi tema, y he hallado en él además de la parábola del padre de familias, de sus operarios y de su viña, y de la secreta conversación del Salvador con sus discípulos sobre la subida á Jerusalén y sucesos subsiguientes, y de la interpelación de Salomé, y respuesta de Jesucristo y valiente afirmación de los hijos del Zebedeo, he visto, repito, la indignación producida por ella entre los restantes diez seguidores de Jesús, que calma de nuevo sus ánimos con palabras de vida eterna, y por último, la curación de dos ciegos á la salida de Jericó; y de todo ello he de aprovecharme, Dios mediante, al hacer el panegírico de Santiago y de los españoles, de la Religión y de la Patria, en nuestro suelo.

Y desde luego, hermanos míos, estaban ciegos también, y fueron iluminados por Jesucristo los dos hijos del Zebedeo al contestar con tan noble arrogancia que podían beber el mismo cáliz preparado para el Hijo del Hombre. ¡Ah! ellos recordaban los hechos y las doctrinas, los milagros y las promesas de su Maestro, y sobre todo aquellos á los que habían asistido como

testigos, digámoslo así, de mayor excepción; escogidos entre todo el apostolado con Pedro, le recordaban glorioso retirando á la muerte del féretro de la Hija de Jairo, y le veían más aún rodeado de blancura y de resplandores en el Thabor; pero no habían visto aún el cáliz del Huerto de las Olivas, ni habían escuchado ellos solos también con Pedro, las palabras de suprema desolación y agonía del Hijo de Dios; y tampoco habían bebido el cáliz del Cenáculo, memoria de esa Pasión á la vez que gracia, y auxilio, y fortaleza, y prenda de futura gloria, según frase inimitable de la Iglesia; pero sin duda el Salvador les miró, y en esa mirada vieron toda la historia de dolor y de victoria, de lucha y de triunfo de ese cáliz para el porvenir; tocó los ojos de su alma como los corporales de los dos mendigos, y vieron, y contestaron así porque, como los ciegos, habían acudido de lo íntimo de su corazón á Dios en aquellos supremos instantes, para decirle con el alma como aquellos con los labios: *¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!*

Y cuando los diez hermanos se indignaron de la respuesta de los otros dos; cuando querían sin duda que callasen, como las turbas lo intentaron con los ciegos, ellos perseveraron en su afirmación, recibiendo en silencio la respuesta contundente y pronta de su Maestro: *Beberéis, pues, mi cáliz.*

¿Le bebieron, hermanos míos? sí, y con avidez; sí, y hasta las heces: Juan le bebió anticipadamente sobre la mesa Eucarística viendo á Judas y conservando su secreto que torturaba su corazón; le bebió con María al pie de la cruz; le bebió en las persecuciones, y en los tormentos, y en Patmos, si bien recreado con revelaciones asombrosas, escabel glorioso del trono que le preparaba el Padre según la promesa del Maestro; le bebió cantando las alabanzas de Dios, como los mancebos del horno del campo de Dura, renovada su juventud como la del águila, que es cabalmente su símbolo, al salir del baño de aceite hirviendo; pero nuestro Patrón Santiago le bebió real y efectivamente derramando su sangre el primero de todos los Apóstoles, tras una vida de fatiga y de lucha.

Hijo del Trueno le llamó Jesús como á su hermano; y vedle: como el rayo cruza de Oriente á Occidente, así la llegada, pronta y rápida, de este nuevo Hijo del Hombre á nuestra patria, después de haber reducido á polvo el soberbio vetusto edificio de la sinagoga infel; Jerusalén y Samaria no le bastan; el mundo temblará en sus antiguos deleznales cimientos del error y del vicio, de las tinieblas y de la muerte, á la voz de este trueno; al resplandor de este rayo verá una nueva luz, según la hermosa expresión de Isaías; la Galilea de las gentes será libertada después de la tierra de Zabulón, el que habita en las riberas; los españoles, capaces de conquistar todos los tronos del mundo, verán á su Apóstol, y nuevos ciegos, clamarán y recibirán la vista; y verán la tierra, y se sentirán capaces de dominarla toda, y se la pedirán á su Patrón y Padre en la fe, y él les preguntará: *¿Podéis beber mi cáliz?* y ellos sin vacilar responderán: *Podemos;* y Santiago dirá por fin: *Pues le beberéis, ¡y le bebemos!*

El rayo explaya su fuerza al caer, y deja en pos de sí vivísimos rastros de fuego; así Santiago, al entregar su cabeza al filo del hacha del verdugo, dejó en la nación española impreso para siempre el sello de su actividad y de su fortaleza indomable; no, no es que el Africa comience en los Pirineos, como irónicamente dicen nuestros vecinos del otro lado de esa gigantesca agrupación de montañas; no es que los árabes dejen aquí sus huellas, ardientes como las arenas del desierto; antes de todo eso, que verdad es, se retrataba en nuestro tipo, en nuestro carácter, en nuestras costumbres, en todo nuestro sér y nuestro suelo, antes de la irrupción y de la dominación sarracena, en la que luchamos siete siglos con nuestros opresores, con una tenacidad y valor que demostraban no serles inferiores en pujanza y atrevimiento; antes de todo eso, repito, éramos ya renombrados, fuertes é invencibles: Roma con su poder y Cartago con su astucia, se disputaban nuestra presa; y la Santa Escritura, en la que tenemos la dicha de ser nombrados, asegura que además de ricos éramos inquebrantables,

hasta el punto que solamente, con su prudencia y consejo, pudo la Señora del mundo avasallarnos, como nos dominó á la vez la Fenicia con sus trazas de mercader, logrando Mercurio con su caduceo al fin, lo que nunca habría podido conseguir Marte con todo su estruendo bélico.

Y en la lucha de los mártires, en el terreno puramente religioso, ved á los siete varones discípulos de Santiago regando con su sangre, después de una gloriosa carrera evangélica, este suelo de santos, de sabios y de héroes; mirad á Vicente asombrando las riberas del Turia, y á Lorenzo las del Tíber con su inimitable arrogancia española en medio de los tormentos; á Justo y Pástor, niños, despreciando la vida y presentándose al tirano en Compluto, como las Eulalias de Mérida y Barcelona, y las alfareras sevillanas Justa y Rufina, haciendo añicos el ídolo de la impura Venus y recibiendo la corona del martirio; no, no es la sangre árabe precisamente, ¡es la sangre del *Hijo del Trueno!*

Y como los españoles somos algo aficionados, como nuestro Patrón, á pedir tronos, y más que todo á ganarlos, después de rechazar á nuestros vecinos del Africa, triunfando en cien combates con la intervención visible del Santo Apóstol, cuyo nombre tomamos por grito de guerra, emprendimos la conquista de un Nuevo Mundo, porque el antiguo iba ya siendo pequeño para nosotros; y en las llanuras de Tlascala y de Otumba, como en la laguna de Méjico, como en Lima, el Perú y Santa Cruz de la Sierra, los soldados de Pizarro, de Hernán Cortés y de Legazpi, al ver la innumerable multitud de enemigos, fiándolo todo á Santiago, que había de apellidar á Chile y á Cuba, contestaron lo que aquel capitán del mundo antiguo á los que le ponderaban la falanje de adversarios, cuya flechas decían nublar al sol: *No importa, mejor; con eso pelearemos á la sombra.*

Y este *no importa*, expresión del carácter español y del sello de Santiago, sostuvo á España en la invasión francesa en medio de sus desgracias; ¡y los hijos de este pueblo hidalgo y

valiente se batirán, bisoños y sin arte militar apenas, con los veteranos de Austerlitz, de Jena y de Marengo, recordando á nuestros tercios de Pavía, San Quintín, Garellano y Ceriñola! ¡y Santiago de Compostela convirtió en soldados los estudiantes de su renombrada Universidad, en el batallón de *Literarios!* ¡y Zaragoza, la ciudad del Pilar y de las primicias de la predicación del Santo Apóstol, hizo estrellar ante sus muros de tierra toda la pujanza del Gran Capitán del siglo!

Hasta aquí, hermanos míos, la estrella aparecida en el puro y límpido cielo de España, azul y diáfano como el manto de la Concepción que adora; la estrella del Apóstol Patrón, alumbrando desde los campos de Iria Flavia la inmensidad de los dominios españoles; pero el cáliz ¿dónde está?

¡Ah, sí, ya lo veo! ¡lo veo en esas mismas luchas de defensa y de conquista, en que sufrimos los reveses varios de la fortuna, siempre con fortaleza de ánimo invencible! ¡pero le veo más en la suerte de este gran pueblo que sabe siempre vencer, pero no sabe siempre aprovecharse de la victoria! ¡lo veo en sus luchas intestinas, en su estado de postración actual, en los castigos del cielo que sobre él llueven! ¡Ah! que Dios ha dado á nuestra patria suelo envidiable, riqueza interior, poder en el exterior mil y mil veces; pero los otros pueblos hermanos le han envidiado como los de José, y se han indignado como los diez discípulos ante las arrogantes pretensiones de los hijos de Salomé! ¡que Dios, al constituir á este pueblo fuerte en la historia, en la serie inmensa de los siglos, bajo el simbólico aspecto del león, le ha permitido, en castigo de sus excesos las más veces, la fiebre del rey de las selvas, y sus rugidos espantados, y su melena, sacudida al viento, pone aún pavor al mundo; ¡pero las naciones le ven postrado, y sujeto, y débil, y le amontonan las discordias, y le ven consumir con placer su fuerza y su vigor en continuadas intestinas luchas!

Está bien; beberéis mi cáliz, vino á contestar el Salvador á Santiago, y en él á sus españoles, que en él ofrecían beberle á cambio de tronos en la tierra, y más que todo, entendedlo

bien y literalmente, de sillas en torno de la suya en el cielo; Santiago lo bebió, lo apuró hasta las heces, pero lo apuró como discípulo de Cristo, en obsequio de Cristo, como Apóstol y predicador de la fe de Cristo; oid á San Gregorio de Nacianzo interpretando, respecto de nuestro Patrón, su glorioso apellido de *Hijo del Trueno*: *Su oración era verdaderamente un trueno, porque su fe, su vida y sus costumbres eran un rayo.* ¿Se puede decir lo mismo de nosotros? ¿conservamos la fe en que nos engendró en toda su inalterable pureza? en una palabra y para terminar ya, ¿somos dignos hijos de los vencedores de Rivagorza, de Clavijo, de Simancas, del Salado, de las Navas de Tolosa?

No, ¿es verdad? pues aquí está el cáliz; lo bebemos y lo vaciamos, si queréis, de un solo trago, porque somos fieros, y esforzados, y valientes; pero quedamos postrados porque no bebemos como nuestro Apóstol el cáliz de la Eucaristía, la copa santa de la fe, y de las costumbres, y de las tradiciones de nuestros abuelos; porque somos dueños del cuerpo de nuestro Patrón, pero no de su espíritu, que se ha desvanecido con el vapor del siglo de los adelantos, dejándonos, en vez del cáliz de la fortaleza de otros tiempos, el cáliz del huerto de Getsemaní; pero aun ese, sin Angel consolador, y por consiguiente, convertido, de cáliz de luz, de claridad y de belleza, como le cantaba el Salmista, en cáliz de las iras de Dios, en cáliz de las abominaciones de Babilonia, en cáliz puesto en manos de los Angeles del Apocalipsis, que lo vierten sobre la pobre tierra española rebosando las justas venganzas del cielo.

Apóstol Santo, nuestro Patrono y Padre, piedad; somos los jornaleros de la viña parabólica llamados, y no de los últimos por cierto, á la heredad del gran Padre de familias; ciegos iluminados por vos, por vos dimos vista á un Nuevo Mundo, y en nuestros ojos se miró la Europa un día asustada de tanto poderío, pero atónita ante tanta fe; por la fe y para la fe, Santiago, venga nuestro cáliz, y como vos estamos prontos siempre á beberlo; pero que aparte del recobro de nuestra grandeza

pasada en la tierra, nos asegure, ante todo, las sillas que para nosotros pidió vuestra santa y esforzada madre en el cielo.— Amén.

PLAN DEL SERMÓN DE SANTIAGO APÓSTOL.

¿Potestis bibere calicem quem ego bibiturus sum? Dicunt ei: Possumus.

¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? Y le dijeron: Podemos.

(S. Matth., c. XX, v. 22.)

Exordio. Síntesis rápida del capítulo del texto.—Reflexiones sobre la súplica de Salomé.—Contestación de Jesucristo.—Respuesta de Santiago y Juan.—*El cáliz de la fortaleza y el cáliz de la amargura, bebido por Santiago y sus españoles.*

La parábola de los operarios de la viña.—La conferencia secreta con los Apóstoles.—La súplica de Salomé, la pregunta de Jesucristo y la contestación de los hijos del Zebedeo.—La indignación de los discípulos y las advertencias del Maestro.—Los dos ciegos de Jericó.—Por ellos comenzamos.—Aplicación inmediata al asunto.—Santiago y Juan, ciegos.—Habían visto el cáliz de gloria, pero no aún el de la amargura.—Se les revela.—Después lo bebieron uno y otro, á imitación de Jesucristo.—El cáliz de la Cena.—Juan, la Pasión, persecuciones y destierro en Patmos.—Santiago aún más efectivo.—El primer Apóstol mártir.—Su predicación.—Verdadero *Hijo del Trueno*.—La Sinagoga.—España.—El rayo.—Carácter español.—No es de sangre árabe.—Testimonios del sello anterior de Santiago en nuestra raza.—Irrupción sarracena.—Victorias.—Descubrimiento del Nuevo Mundo.—Triunfos y proezas.—Invasión francesa.—Zaragoza.—El cáliz de la amargura lo bebemos también.—Causas principales de nuestras desventuras.—Vida y virtudes de nuestro Patrón.—La fe perdida.—Las costumbres de nuestros padres y las nuestras.—Exhortación y súplica al Santo.